

La juventud merece el éxtasis

Una respuesta a Carlos
Cuauhtémoc Sánchez

Cristóbal Henestrosa

Escuela Nacional de Artes Plásticas

Presentamos dos capítulos de un ensayo crítico, bien informado e incisivo sobre uno de los autores más leídos actualmente por los jóvenes. ¿Qué se oculta detrás de una literatura tan popular? Un debate sobre los best-sellers morales

Capítulo 1 Sexo con amor

Existen dos maneras de ejercer la sexualidad: con amor y sin amor. A su vez, podrían dividirse en monógamas y polígamas, responsables e irresponsables, homosexuales y heterosexuales, etc. Pero en términos generales se puede hablar de la presencia o la ausencia de afecto.

Las relaciones sin amor ni comunicación tienden a ser huecas, vanas y sin sentido: se busca en la mayoría de los casos placer maquívico, indiferente a los sentimientos del otro.

Digo en la mayoría de los casos, porque se da la situación en la que ninguno de los dos siente cariño y sin embargo están de acuerdo en proporcionarse placer sensual mutuamente, lo que, visto con objetividad, no tiene parte reprochable, exceptuando las enfermedades, embarazos y algunos otros problemas; todos ellos sujetos a posterior consideración de mi parte. Aunque, de hecho, una relación así es difícil de mantener, por su tendencia a perderse o a transformarse en sexo con amor por alguna de las dos partes.



Al principio de *Juventud en éxtasis* el gancho para jalarnos es ese: la destrucción de buena parte de la vida de un promiscuo por su "vicio". El problema es que de ahí, nos quiere llevar al extremo de que ni siquiera con amor hasta el matrimonio. Es conveniente entonces dejar bien asentado: el sexo sin amor no es sino una sombra vil del que cuenta con él. Sin embargo, es una alternativa bastante eficaz, llevado responsablemente. Eficaz para quien sea capaz de separar sin dilemas el sexo y el afecto.

Ahora bien, considero prioritario no emitir juicios falsos acerca de conceptos tan delicados como libertad sexual y revolución sexual. Ambos pueden ser llevados responsable e irresponsablemente, constituyendo así una generalización bastante peligrosa las frases descalificadoras de *toda* libertad sexual y *toda* revolución sexual.

Por ejemplo, en *Un grito desesperado*, se habla de la defensa de la libertad sexual como uno de los motivos para fracasar en los jóvenes.¹ Otro ejemplo: "Concluí mentalmente que la revolución sexual es un ídolo de barro, una falsa bandera que desorienta a los jóvenes. No hay nada de revolucionario en saltar de cama en

cama".² Nótese cómo descalifica a toda revolución sexual, tachando tanto a la positiva como a la negativa. Porque, en realidad, una libertad sexual —o su radicalización: una revolución sexual— tiene dos caras, como todo lo que conocemos: es motivo de una felicidad no encontrada de otro modo, pero también puede llevar a situaciones adversas, que pervierten el sentido con que se realiza el cambio.

Pasando a otro aspecto del mismo asunto, es triste ver cómo las metáforas, ricas armas para expresar analogías, pueden tener un uso incorrecto —ésta es otra cosa que cuenta con dos caras—. Éste es uno de los recursos favoritos de Sánchez: hablarnos en abstracto para después hacernos caer contándonos de un pájaro residente en el fango y después capaz de volar muy alto; o de Dios, que no cuida bicicletas; o de su libro, portador de una gran verdad, como el burrito que sirvió a Cristo.

Me interesa hablar de ello porque al principio de *Juventud...* ocurre lo increíble: las metáforas son usadas por los de mentalidad equivocada, los promiscuos sin sentido, tratando de justificar al sexo sin amor. Lo buscado por Sánchez es enlistar las excusas empleadas por algunos varones, mas



para los fines de este libro también convienen; pone en evidencia a la metáfora, capaz de convencernos de cualquier desatino si no tenemos cuidado: "Una cosa es tener novia para divertirse y otra muy diferente es elegir a la madre de tus hijos... Para esto último siempre querrás una hembra diferente, difícil de conseguir, no como la piedra pateada por decenas de hombres, sino como el diamante in-



tacto que sólo a ti te fue posible alcanzar" [...]. "¡Obviamente si se desea aprender a manejar son preferibles los carros usados..., pero cuando se trata de escoger el auto fijo, para toda la vida, hasta el más idiota preferiría uno nuevo...!", hace decir CCS a uno de los amigos de Efrén.³ La respuesta humanamente correcta nos la da el mismo Sánchez, pues otro de sus personajes nota la existencia de algunos automóviles usados y bonitos. Al menos en eso coincidimos (sic) él y yo: la promiscuidad sin sentido e irresponsable es inconveniente. Pero de esta cita, podemos sacar algunos datos esenciales de la forma de escribir de CCS:

Atentando contra su propia credibilidad, Sánchez ha ocupado una metáfora justificante de una postura promiscua y pro-*virginidad*. Por supuesto, la contrarrestará a todo lo largo de su libro (lo promiscuo, porque lo segundo queda bastante bien asegurado con sus opiniones posteriores), pero ha trastabillado. ¿Por qué? Porque su manera predilecta de persuadirnos es explicarse a través de la más disparatada metáfora. Es decir, si requiere establecer al sexo como un vicio, lo comparará con una droga, y dirá que ambos causan adic-

ción, que se vuelve un deseo incontrolable, etc. Pero si pretende justificar el sexo dentro del matrimonio, entonces citará *El Cantar de los Cantares* y concluirá que es un regalo de bodas divino.⁴ Todo está en bajar al nivel de las ejemplificaciones tendenciosas y se podrá acreditar cualquier cosa.

¿Queremos justificar el hábito de la lectura? Es fácil: estimula la imaginación, nos vuelve personas más cultas, la lectura hace libres a los hombres, etc. ¿Queremos descalificarlo? También podemos: la verdadera experiencia está en la vida y no en

unas hojas de papel, nadie experimenta en cabeza ajena, Nietzsche señala, que no leer fue lo más dichoso de su existencia... De lo que concluyo: metáforas, ejemplos y comparaciones son útiles para la argumentación, así como para acercar a nuestro entendimiento temas de otra forma incomprendidos; pero jamás creamos en ellas como un recurso infalible y digno de toda nuestra confianza.

¿Entonces cualquier debate estará condenado a morir a manos del relativismo? De ninguna manera. La conclusión podrá obtenerse, pero con base en un verdadero duelo de argumentos, pues los ejemplos siempre podrán contestarse con sus contraejemplos. Tarea difícil, sin duda, pero la relatividad de las metáforas no es conveniente en lo que aquí nos atañe. Ni hablar: tal vez con la poesía se llegue más allá del razonamiento, pero si de discutir se trata, de poco vale declamar que el agua anda descalza por las calles mojadas ☉

¹ Sánchez, Carlos Cuauhtémoc, *Un grito desesperado*, México, Ediciones Selectas Diamante, 1994, p. 80.

² Sánchez, Carlos Cuauhtémoc, *Juventud en éxtasis*, 2a. ed., México, Ediciones Selectas Diamante, 1993, p. 71.

³ Id., pp. 16-17.

⁴ Id., pp. 136-138.

Capítulo 2 Debes esperar hasta casarte

Podría pensarse en la superación del mito de la virginidad como una realidad, pero no. Aunque son cada vez más frecuentes los comentarios sobre la apertura y aceptación de las personas con sus parejas si hubiesen tenido relaciones sexuales anteriores, son insuficientes aún. Esta situación no debe dejar de alarmarnos, pues la actividad sexual anterior no merma una nueva relación, excepto en las mentes prejuiciosas, donde llega a alcanzar incluso motivos suficientes para un divorcio o una separación.

Carlos Cuauhtémoc Sánchez no llega a tales extremos, pero sí podemos ver en él un claro aprecio por la virginidad, tratando de justificarla no ya con la arcaica frase de “es una prueba de amor para tu esposo” —aunque poco le falta para llegar a ella—, sino con novedosas “pruebas” que pintan la fachada, defensoras de la prohibición en aras de nuestro bien al ahorrarnos muchos problemas. Vean si no:

“[...] tarde o temprano el varón siente *celos retrospectivos*, se atormenta al imaginar las experiencias sexuales que vivió su pareja y piensa mil tonterías, como ‘¿En brazos de quién habrá tenido sus primeras (y más emocionantes) relaciones?’”.¹

A su entender, la maldición está echada y no hay escapatoria: CCS apoya la virginidad para prevenir sentimientos de remordimiento y angustia. Sería ilustrativo conocer la opinión de las mujeres al respecto.



Pero, como podía esperarse, las mujeres en la obra también apoyan la virginidad. Podemos leer directamente de los labios de Joana después de fornicar: “Lo único que sé realmente es que cada vez que hago esto me siento más sola y miserable”.²

¿Intimidación? ¿Tratará de decir que los hombres sólo buscan placer y por eso las mujeres no deben acceder? ¿O que las experiencias prematrimoniales acarrearán únicamente soledad y miseria? En ambos casos, la propuesta es tendenciosa. Sería agradable oírlo hablar de cómo hacen las parejas no casadas de jóvenes (o inclusive menores de edad) para llevar una vida satisfactoria, y la sexualidad como un aspecto más de la vida. Nos insinúa que solamente de adulto se satisface plenamente la pasión, que no existe otra cosa sino experiencias malas de joven y grandiosas de adulto. Por supuesto,



no se atreve a decirlo porque sería demasiado aventurado y ultraconservador, pero cae en sus propios argumentos:

“Supongo que la revolución sexual busca como prioridad infundir confianza, lograr que las parejas se entiendan mejor, pero esto debe ser un poco engañoso, porque la mayoría de las mujeres tienen malos resultados en sus primeras experiencias. Muchas arrastran traumas, que sólo se solucionan con el paso de los años, a base de muchos encuentros íntimos, con una pareja comprensiva”.³

Aquí la solución salta a la vista: si hay malas primeras experiencias, siempre habrá oportunidad de mejores resultados en las segundas experiencias. Y si muchas arrastran traumas, muchas otras

no. El punto esencial está en los elementos integrantes de la pareja, pudiéndose formar un romance de

menores perfectamente acoplados y uno de maduros disfuncionales crónicos. Pero es inevitable caer en cuenta del parecer de Sánchez: un adolescente crea traumas, pero una pareja comprensiva —léase adulta— no.

Son variadas las voces a favor de la castidad, pues a su entender es la forma más segura de no contraer enfermedades venéreas ni embarazos no deseados, permitiendo además el desconocer los sinsabores de una hipotética desazón amorosa. Pero eso no lleva a ningún lado, porque la juventud va a seguir experimentando con el sexo —afortunadamente—. Los grupos tradicionalistas ven el ideal, lo que en su concepto los adolescen-



tes deberían hacer, mas para muchos jóvenes la virginidad es poco más que una posibilidad no apta para ellos. Porque estas recomendaciones no auxiliarán en lo más mínimo a quien no vea nada reprochable en compartir su amor de una manera profunda. Ante tal dificultad, los conservadores hacen lo de siempre: exaltar las bondades de la conservación de la "pureza".

Porque si CCS encamina a los jóvenes para no caer en presiones, debería ser honesto y presentar los dos lados de la realidad y no sólo los malos —y para colmo, los lados malos en muchos casos ni siquiera existen, sino que son inventos del autor—. Porque —entremos al reino de las metáforas— no hay nada de grandioso en decir: "he aquí el precipicio, está muy alto, te vas a caer, la caída es horrible, quédate de este lado hasta que te pase Dios"; pues existe un puente para sortear el peligro. Sánchez apelaría a la inseguridad de los puentes, en lo innecesario de arriesgar. Y si nosotros vemos gente feliz del otro lado, nos contesta con lo malo de dejarse influir. Y cuando aceptamos los daños del puente y la urgencia de repararlo, emplea nuestro argumento justamente para lo contrario: tiene rupturas, evitarlo es lo mejor. Pero

Nos corresponde continuar la lucha por una vida sexual satisfactoria

nosotros, necios por añadidura, insistiremos en arreglar los desperfectos.

Porque si oímos a CCS y esperamos el alejamiento de la sexualidad por parte de la juventud, lo único que lograremos será cansarnos de esperar, pues en ninguna época se ha visto tal cosa. La diferencia ahora es el poder estar abiertamente contra la conservación de ese valor. Por desgracia, el sector enemigo del debate está ahí, dispuesto a defender la inexperiencia carnal obligatoria de los jóvenes.

Alegrémonos, sin embargo, de nuestra condición: ya no estamos tan mal como al principio. Lo iniciado por Wilhelm Reich, Masters y Johnson, Alfred C. Kinsey y tantos otros no tiene marcha atrás, a no ser por la fuerza o por la ignorancia. Nos corresponde, al menos, continuar su lucha por una vida sexual más satisfactoria. E incluir a los jóvenes es tarea imprescindible.

Ojalá se tomara más en serio la estadística según la cual la edad promedio para perder la virginidad en México es de 15.8 años para los hombres y 17.1 años para las mujeres,⁸ y ayudarlos en esa decisión; en vez de atacar con maniobras malintencionadas



¹ Sánchez, Carlos Cuauhtémoc, *Juventud en éxtasis*, 2a., ed., México, Ediciones Selectas Diamante, 1993, p. 152.

² Sánchez, Carlos Cuauhtémoc, *Juventud en éxtasis*, p. 28.

³ Id., pp. 70-71.

⁴ Publicado por la revista *15 a 20*, núm. 80, abril de 1996, p. 77.